784

El

arcediano de

San Gil

Marquina

# EL ARCEDIANO DE SAN GIL

EPISODIO DRAMATICO HISTORICO

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

## DON PEDRO MARQUINA

---

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el TEATRO MARTIN, de esta Corte, el dia 31 de Enero de 1873

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

QUINTA EDICIÓN

MADRID
G. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11
Teléfono número 551

1904

Á LOS SEÑORES

D. Enrique Zumel, Francisco Domingo, Antonio Alvarez, Juan Rodríguez Rubí, Eloy Perillán Buxó, Ramón Marsal, Eduardo Navarro y Gonzalvo, Francisco Amérigo, Manuel Tormo, Joaquín Huarte, Eduardo Fraile y Pedro Moreno

dedica este drama su amigo verdadero, y hermano en glorias y fatigas,

P. Marquina.

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| ANA | Doña Dolores Carceller. |
| EL REY DON PEDRO | Don Francisco Domingo. |
| ARCEDIANO | Joaquín Huarte. |
| JUAN DIENTE | Pedro José Moreno. |
| ALCALDE | Eduardo Fraile. |

*Gente de justicia*

**Época: Reinado de Don Pedro I de Castilla**

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

# ACTO UNICO

Estancia miserable que revele el carácter de la época Puerta al foro y ventana en el primer término de la derecha. En el primero izquierda se verá una especie de entrada á una alcoba, de donde sale el resplandor débil y amarillento que produce la luz de un cirio, que debe estar encendido dentro. Al fondo una mesa, sobre la cual habrá una lámpara de mano que ilumina la escena, un crucifijo y jarrón con flores. A un lado una mesa de zapatero con herramientas y un tirapié.

## ESCENA PRIMERA

ANA, ARCEDIANO

ANA ¿No escuchais mi ruego?
ARCED. No.
ANA ¿Posible es que tengais alma?
ARCED A no robar tú su calma,
¡cuán dichoso fuera yo!
ANA Callad.
ARCED ¿Compasión me pides
y sorda estás á mi amor?
ANA No sigais.
ARCED. ¿Qué es tu dolor
si con el mío lo mides?
¿Has concebido el tormento
de amar en silencio á un ser,

y esforzarse en contener
las fuentes del sentimiento?
¿Viste algún hombre luchar
en medio de la corriente
de ancho río, que rugiente
le arrastra al profundo mar?
¿Has visto al águila herida,
cual dando impulso á su vuelo
pretende escalar el cielo
para defender su vida?
Pues yo, desde que ocasión
tuve de ver tu semblante,
y en tu mirada radiante
palpita mi corazón,
lucho con afán violento
en medio de esta corriente,
con la boca de la fuente,
con el río y con el viento.

ANA ¡Qué horror!

ARCED. ¡Inútil afán!

ANA Basta.

ARCED. Rompióse la valla.
¿Quién cuando el vocán estalla
tapa el cráter del volcán?

ANA ¡Oh!

ARCED. Grave, místico, austero,
antes de verte vivía
feliz, bajo la sombría
nave del templo severo.
Una mañana, ¡ay de mí!
la iglesia resplandeció
de pronto; mi alma tembló;
volví la vista y te ví.
Te contemplé arrodillada
fijo en Dios el pensamiento;
tu cuerpo en el pavimento
y en la Virgen tu mirada.
Sentí vacilar mi fe;
habló el corazón veloz,
y al estruendo de su voz
me puse temblando en pie.
En vano quise rezar;
miré al altar, y asombrado
exclamé: ¿por qué han variado

la Virgen de su lugar?
—¡Sacrílego!—dijo airada
una voz, y me miró
Jesús; él fué quien habló;
yo me desplomé en la grada.

ANA ¡Cielos!

ARCED Desde entonces lucho
tenaz con mi amor maldito,
y de la conciencia el grito
por todas partes escucho.

ANA Olvidad.

ARCED. Vana defensa:
¿quién pone al amor reparo?

ANA La Virgen os dará amparo
y el cielo su recompensa.

ARCED ¡El cielo!

ANA Quiso el Señor
probaros; su voz oid.

ARCED ¡Jamás!

ANA Entonces decid
que buscais mi deshonor.

ARCED. ¡No!

ANA Torpe al negarlo estais:
¿cómo si sois Arcediano,
haréis creer á un cristiano
que á ser mi esposo aspirais?

ARCED. ¡Oh!

ANA Para ir del bien en pos
sois sacerdote del templo,
y si no dais buen ejemplo,
servís al diablo y no á Dios.

ARCED ¿Me escarneces?

ANA ¿Cómo osais
pensar que á amaros acierte
si ni aun respetais la muerte
y ante su imagen estais?
¿Cómo queréis que me cuadre
vuestro amor .. ¡vuestra locura!
si le negais sepultura
al cadáver de mi padre?

ARCED. Dame tu amor; obtendrás
cuantos tesoros encierro,
y haré á tu padre un entierro
cual ninguno otro verás.

ANA ¡Oh, sorda su alma querida
debe estar, pues si os oyera,
indignada descendiera
para volverle á la vida!
¿Cómo con tal desvarío
maltratais vuestra conciencia,
cómo hablais así, en presencia
de ese cadáver sombrío?
(Señalando á la izquierda.)
Ved; su rostro macilento,
su fija y ciega mirada
á la luz amortiguada
de ese cirio amarillento,
justo castigo os augura
que Dios le dicta en la gloria;
no deshonréis su memoria
y dadle su sepultura.

ARCED. Cede, y en piedra labrada
será su nombre esculpido.

ANA Aquel que honrado ha vivido,
tumba necesita honrada.
Su víctima el criminal
encierra en un panteón,
mas la eterna maldición
rompe el mármol sepulcral.
Si cayese en el delito
que a vuestra alma precipita,
yo de mi padre maldita
fuera, cual vos sois maldito.

ARCED. ¿Conque decidida estás?

ANA A luchar y resistir.

ARCED. Yo á negar.

ANA Y yo á morir,
si negais.

ARCED Pues morirás.

ANA ¡Oh!

ARCED. Tiembla si en odio insano
se trueca mi amor profundo,
pues no hay poder en el mundo
que te libre de mi mano.

ANA (¡Cielos!)

ARCED. En iras deshecho
se despierta mi rencor.
¡Ay si se ve mi dolor
en el tuyo satisfecho!

ANA La fe es mi norte; en Dios creo.
ARCED. O te ampara su piedad,
ó ha de ser tu voluntad
esclava de mi deseo.
ANA Nada á su poder igualo.
ARCED. No esperes que eso me asombre.
ANA ¡No hay demonio como el hombre
que se decide á ser malo!
ARCED. En eso debes pensar;
fuerza es que tu pecho ceda,
y piensa, en fin, qué se queda
tu padre sin enterrar. (Vase por el fondo.)

## ESCENA II

ANA. Se arrodilla frente á la alcoba

¡Padre mío! de tus males
muéstrase avara la suerte
cuando logra que la muerte
te retenga en sus umbrales.
Mas no temas que rendida
caiga al contrario furor,
que es en mi pecho el honor
dulce savia de la vida.
Tres días há que á la guerra
de este mundo renunciaste...
¡tres días! y aun no lograste
hallar tu manto de tierra.
Mi esperanza desconfía
por más que la fe me abona,
y temo que me abandona
el Señor...

## ESCENA III

DON PEDRO y ANA. Aparece en la puerta el rey Don Pedro vestido modestamente

PEDRO ¡Ave María!
ANA ¡Cielos! (Levantándose.)
PEDRO No temais, rapaza,
al verme entrar de rondón;
que es en mí franca costumbre,
prueba de que siempre voy
á dónde pueda ser útil,
con la más sana intención.
ANA No comprendo. (¿Quién será?)
PEDRO Si es que os infundo temor,
decidlo y vuélvome al punto.
ANA Nobleza adivino en vos
y confiada os contemplo;
pero estoy sola, señor,
y es justo, pues así entrais,
que quiera saber quién sois.
PEDRO Yo os lo diré en breve plazo,
si dejar puedo el portón.
ANA Pasad.
(Don Pedro se adelanta, y al reparar en la alcoba se detiene un momento.)
PEDRO ¡Ah! ¿Velando estais?
ANA A mi padre que murió
tras lento sufrir.
PEDRO ¡Por Cristo!
comprendo vuestra aflicción,
y me explico los lamentos
de la dolorida voz
que á mi aventurera planta
frente á esa puerta paró.
Causa distinta buscando
á vuestro acerbo dolor,
entré aquí por si mi espada
llegaba en buena ocasión
para defender á un debil
de un fuerte contra el vigor,

ó terminar á espadazos
cualquier reñida cuestión.

ANA ¿Por las trazas sois hidalgo?

PEDRO Soy honrado, que es mejor;
y aunque la propia alabanza
tengo por ruin presunción,
de tan rara cualidad
puedo alabarme con vos,
que no habéis de hacerme rey,
papa, ni cosa peor.
Yo hago bien siempre que puedo;
y aunque tan pequeño soy,
por raras casualidades
que no entiende mi razón,
allí á donde á Dios se invoca
suelo aparecerme yo.
Los infames que se rinden
á mi brazo y corazón,
dan en llamarme después
cruel, injusto, feroz...
Mas los injustos son ellos,
creedlo, pues, ¡juro á Dios!
que los golpes que descargo
golpes de justicia son.
Mi nombre no importa nada,
ni da ni quita valor;
que puede cambiarse un nombre
y el sentir del alma no.

ANA No sé por qué al escuchar
vuestra franca narración,
treguas está dando al pecho
la fuerza de mi dolor.

PEDRO Es natural, pobre niña;
sin duda huérfana sois.

ANA Cierto.

PEDRO ¿Y nadie en este trance
á consolaros llegó?

ANA Nadie; sola en mi amargura
se estrellaron con furor
los tormentos en mi pecho,
y sin rechazarlos yo
me complacía en llorar
junto al que ya del Señor
la gloria estará gozando,

pues pensaba en mi aflicción
que regando con mis lágrimas
la planta que feneció,
á fuerza de riego tanto
reviviría la flor.

PEDRO ¡Infeliz!

ANA Llorando así
un día y otro pasó;
sola y triste he contemplado
huir la dicha veloz;
sólo aquí quedó el quebranto (El pecho.)
con su perenne tesón.

PEDRO Pláceme que á mí llegase
el quejumbroso rumor
que torciendo mi camino
á esta casa me guió,
asimilándome al ave
que por decreto de Dios
á consolar va el destierro
del marítimo peñón.
¡Ah! no os aflija la muerte
del ser á quien Dios llamó;
para el que vive muriendo
morir es un galardón.
El hombre nace á luchar;
júzgase conquistador,
toma por verdad el sueño,
y conquista en conclusión
una fosa, donde esconde
pena, mentira y rubor.

ANA Alguno hay tan desgraciado,
de tan pobre condición,
que no pudo conquistar
tras una vida de horror
ni aun esa fosa común
que la tierra le ofreció.

PEDRO No os entiendo.

ANA Muerto el hombre
necesita enterrador.

PEDRO ¿Y bien?...

ANA ¡Ay! mi pobre padre
tres días há que murió.

PEDRO ¿Tres días y sepultado
no ha sido? ¿Por qué razón?

ANA No puedo pagar su entierro.
PEDRO ¡Voto á Santiago! (Con ira.)
ANA (Asustada.) Señor...
PEDRO ¿Pues qué, la iglesia en Castilla
no tiene la obligación
de dar sepultura á un muerto?
ANA Si no se le paga, no.
PEDRO ¿Qué judío renegado
os dijo tal? Por quien soy
que si con él me tropiezo
de un revés le parto en dos.
ANA Señor...
PEDRO Decídmelo todo:
¿quién ha sido el impostor
que así en mengua de las leyes
este reino denigró?
ANA ¡Yo!...
PEDRO Decidlo.
ANA El Arcediano
de San Gil...
PEDRO (Ese traidor.)
ANA Dice que si no le pagan
no da sepultura.
PEDRO ¡Oh!
ANA ¿Qué os sucede? Me dais miedo.
PEDRO ¿Acaso es poco el borrón
que se echa sobre Castilla
para que un hombre de honor
con tal noticia no estalle
de rabia y de indignación?
ANA Es cierto.
PEDRO ¿Y á la justicia
no os quejásteis?
ANA Fuera error
el hacerlo; ya otras veces...
PEDRO ¡Qué!
ANA Mi padre la invocó
contra nobles poderosos,
y fué vano su clamor.
¡La justicia! ¡Para el pobre
no hay justicia!
PEDRO ¡Ira de Dios!
Id á buscar á ese clérigo.
ANA Señor...

PEDRO Id sin dilación,
y decidle si se niega
que voy á buscarle yo.

ANA (No hay medio de resistirle,
que en su gesto y en su voz
demuéstrame ser persona
de elevada condición.)

Vase por el fondo después de ponerse un rebocillo ó manto que habrá sobre una silla.)

## ESCENA IV

DON PEDRO

Pobre, desdichada ley:
ayer augusta, hoy rastrera
por esa estúpida grey.
¡No hallaron mejor manera
de conspirar contra el rey!
¡Cielo! ¿Qué negro capuz
envuelve á la estrella mía,
que en mi desventura impía
en vano busco su luz
y no me sirve de guía?
Mis vasallos engañados
por viles conspiradores,
júzganse mal gobernados,
y achácanme alucinados
las culpas de los traidores.
Búscole al pueblo solaz,
mas con intención sagaz
en patrullas mueven guerra,
y no hay una villa en paz
en mi desdichada tierra.
Si franco en cualquier momento
confío mi sentimiento,
me lo pagan con tal mengua,
que ya no quiere mi lengua
ni saber mi pensamiento.
¡Amigos! ¡Torpe ilusión!
¡Si mi hermano es mi contrario!
¡Si por colmo de aflicción
hasta en el confesonario

se revuelve la traición!
¡Y aun me llaman el cruel
porque recto y justiciero
la ley respetada quiero!...
pero soy ¡voto á Luzbel!
¡el rey don Pedro el primero!
Y aunque el mundo entero intente
de tanta vileza en pos
arrojarme en la pendiente,
he de morir ¡vive Dios!
con la corona en la frente.
Si no me queda un soldado
de mi pueblo con el brío
vertiendo de sangre un río,
sobre sus hombros ¡á nado
se salvará el trono mío!
Sólo en ese pueblo brilla
el sol de la lealtad;
venga, pues, junto á mi silla,
y asombro sea Castilla
de la venidera edad.
¡Sobre mi trono velando
guarde el pueblo mis grandezas,
mientras yo por él lidiando,
le iré poco á poco alzando
un alcázar de cabezas!

## ESCENA V

DON PEDRO, JUAN DIENTE. Juan Diente aparece en la puerta y oye los últimos versos de don Pedro. Juan Diente traerá la maza pendiente del cinturón

JUAN ¡Hola! Según se vislumbra,
tenemos recia tormenta.
PEDRO ¿Quién es?
JUAN Disteis en tardar
y temí...
PEDRO Brava simpleza.
JUAN Señor... (Hace ademán de retirarse.)
PEDRO Juan, acércate.

(Juan repara en la alcoba, y se detiene quitándose el birrete.)
Es un muerto, ¿qué te altera?

JUAN Señor, respetarle debo...
no por él, por quien le vela.

PEDRO Juan, vamos luego al asunto
y á un lado lisonjas deja.
Necesitaré tu brazo
en breve.

JUAN Loado sea
mi destino. Eso me indica
que habéis hallado la huella
de algún traidor fementido.

PEDRO ¿Y la noticia te alegra?

JUAN ¡Sí por Dios! que está mi mano
á dar mazadas tan hecha,
que el día en que no las doy
ando de mala manera.
Ha un instante me he dormido
junto al marco de esa puerta,
con sueño sobre los ojos
y atalaya en las orejas,
buscando reposo al cuerpo;
pero con tan mala estrella,
que ni siquiera he soñado
que cortaba una cabeza.

PEDRO Juan, la repetida usanza
de tu terrible tarea
te ha hecho sanguinario, y esto
Dios sabe cuánto me pesa.

JUAN ¡Bah! (Encogiéndose de hombros.)

PEDRO Más que tu rey, tu amigo
quiero ser.

JUAN Si vuestra alteza
perdiese el brazo derecho
en riña ó campal pelea,
lo cual mientras Juan respire
es difícil que suceda,
bien que no quedábais manco
podía decir cualquiera,
en tanto que de mis hombros
estos dos brazos pendieran.
Conque si os place, señor,
no habléis de vuestra conciencia,

que á mí me basta y me sobra
sólo con saber que es vuestra.
Juan Diente, el perro leal
que humilde vuestros pies besa,
es dichoso con lamer
la mano que le sustenta.
Si el mundo os tiene por malo,
diga el mundo lo que quiera;
á mí me habéis hecho bien,
y no habrá quien me convenza
de que puede ser malvado
el que en ocultas empresas
riñe con los poderosos
defendiendo á la pobreza.
Yo siento lo que sentís;
pienso lo que mi rey piensa;
tengo para mis asuntos
largas manos, corta lengua,
y el secreto que me trago
se lo ha tragado la tierra.

PEDRO Cielos, si ofenderos pude,
no recordéis mis ofensas;
que á quien tal servidor tiene
no hay desdicha que le venza.

JUAN ¿Desdichas? Muchas tenéis;
bien las conozco, y me aqueja
no poder á mi albedrío
reunir en una pieza
de los que sufrir os hacen
las venenosas cabezas,
para tornarlas en polvo
con un golpe de mi diestra.

PEDRO Gracias, Juan.

JUAN Si tal lograse,
tranquilo, señor, muriera.

PEDRO Tú eres el único amigo
que tengo sobre la tierra.

JUAN Señor...

PEDRO A Dios me encomiendo
y acato cuanto él me ordena.
No hablemos, pues, de nosotros,
y á lo que más interesa
volvamos nuestra atención.

JUAN Hablad, que impaciente espera
vuestro siervo.

PEDRO ¿Viste ha poco
salir de esta casa mesma
una mujer afligida?
JUAN Sí la he visto.
PEDRO Esa doncella
es huérfana, y el mortal
que en esos restos viviera (Señalando la alcoba.)
fué su padre, que murió
ya hace tres días.
JUAN No acierta
mi razón á concebir
de tal caso la certeza;
¿si murió tres días ha,
cómo es que no se le entierra?
PEDRO El bondadoso Arcediano
de San Gil...
JUAN ¡Qué brava pieza!
PEDRO Si el entierro no le pagan
la sepultura le niega.
JUAN ¡Vive Cristo!
PEDRO Así se infama
la religión verdadera
por los mismos sacerdotes
á quienes Dios la encomienda.
Así en Castilla se entiende
la caridad; así huellan
mis leyes; así me ultrajan.
¡Vive Dios! ¡Qué más hicieran
los moros con un cristiano!
Y aun se asombran de que hiera
con golpe rudo y certero
á tan infame caterva.
¡Qué más justificación
puede hallar mi saña fiera!
¿Por qué me llaman cruel
si ven con tanta frecuencia
mi justicia escarnecida
y mi autoridad deshecha?
Por todas partes traidores;
crímenes mil por do quiera.
¿Qué he de hacer? ¿Qué laberinto
es este que me rodea,
que continuamente veo
multiplicarse sus sendas?

¡Ira de Dios! ¡Loco estoy!
La sangre mis ojos ciega.
¡Y esto es reinar! ¡Y esto es trono!
¡Maldita, maldita herencia!

JUAN Señor, calmaos.

PEDRO ¡Calmarme!
Dime, Juan Diente, ¿qué hicieras
con ese apóstol falsario
que así á mi justicia reta?

JUAN ¡Qué hiciera yo! ¡Por San Juan!
si profanación no fuera,
amarrarle á ese cadáver;
tenerle así una docena
de días expuesto al vulgo
en el atrio de su iglesia,
y luego darlo á Juan Diente
para acabar la sentencia. (Brío.)

PEDRO ¿Y qué haré con la justicia
que así por mis leyes vela,
y con los nuevos traidores
que luego á injuriarme vengan?
¡Ay, Juan! (Estallando en llanto.)

JUAN ¿Llorais?

PEDRO Sangre lloro;
deja que sangrarme pueda,
y sean los ojos causa
de que no estallen mis venas.
Con Dios y contigo á solas
salga á mi rostro la pena
que aprisiona el corazón;
que aunque de acero tuviera
el pecho, con tales golpes
y tan repetidas pruebas,
para llegar hasta el alma
camino el dolor se abriera.

JUAN Llorad, señor, sin cuidado.
Yo tengo el cráneo de piedra
y de hierro las entrañas,
y sin que nadie lo vea
suelo llorar, como bueno,
las desdichas que os aquejan.
Llorad, que razón os sobra,
y la razón no es afrenta;
verted el llanto, del cual

no ha de acordarse mi lengua;
el honor de recibirlo
nadie á disputarme venga;
vertedlo sobre mi pecho;
no hay otro que más os quiera
en cuantos mundos cobija
el manto de las estrellas.

PEDRO Juan, es preciso un castigo
terrible; tal, que estremezca
al mundo.

JUAN Hagamos si os place
un rosario de cabezas;
poned la del Arcediano
por cruz, y con tales nuevas,
mandadme de embajador
á Roma, que aunque se venga
sobre mí toda la Italia
y se me trague la tierra,
vuestro nombre quedará
donde bien alto se vea.

PEDRO Vé por la justicia.

JUAN ¿Cómo?

PEDRO Ronda esta calle con ella;
no te des á conocer,
y en cuanto te llamen, entra.

JUAN Vóime, pues.

## ESCENA VI

DON PEDRO, JUAN, ANA

ANA (Entrando.)
Señor.. ¡Ah! (Al ver á Juan.)

PEDRO (A Juan.) Vete.

JUAN ¡Pobre muchacha! (Vase.)

PEDRO No temas;
ese hombre es un buen amigo
que nos ayuda.

ANA Se acerca
el Arcediano.

PEDRO Está bien;

vuelve á tu súplica, expresa
tu deseo de ir al rey
para que te ampare, y piensa
que yo pronto á defenderte
estoy tras de aquella puerta. (Lateral.)

ANA Sus pasos oigo.

PEDRO Háblale
con valor y con firmeza. (Se oculta.)

## ESCENA VII

ANA, ARCEDIANO, DON PEDRO oculto

ARCED. ¿Acaso ya más humana,
en tu destino pensando,
tu pecho á mi amor se allana?

PEDRO (¿Qué oigo?)

ANA Tened la villana
lengua, que me está injuriando.

ARCED. Si no buscas ocasión
de implorar mi compasión
para mitigar tu mal,
no alcanzo por qué razón
me llamas con prisa tal.

ANA Vuestra compasión imploro;
mas no en contra mi decoro
la quiero, cual me la dais,
pues al honor que atesoro
villanamente aspirais.

PEDRO (¿Esto más? ¡Voto á Luzbel!)

ARCED. En vano vierte su hiel
esa desdeñosa boca;
ya por tu saña cruel
tornóse mi pecho en roca.
Verte y al punto adorarte
el destino me ordenó,
mas mi amor al revelarte
tu desdén me contestó... (Transición.)
No volveré á importunarte.
Altiva me has despreciado.

ANA Soy honrada.

ARCED. Bien lo sé.

Por serlo tanto, has forjado
el odio y lo has colocado
en el altar de mi fe.
Por eso el fiero dolor
me lanza en tal extravío,
que con impulso de horror
te idolatra el odio mío
y te aborrece mi amor.
Por vencerte y obligarte
desprecio el santo deber;
vé si querré esclavizarte,
cuando sólo quiero amarte
por hacerte padecer.

ANA Para infamia tan cumplida,
para intentos tan villanos,
el mundo no inventó herida;
por eso aquí con mis manos
no os quiero arrancar la vida.
No hablemos de esa pasión;
que si el corazón la oyera
fuera tal su indignación
que hasta de mi pecho huyera
espantado el corazón.
Buscad un reino ignorado
para empresas tan villanas.
Aquí, pese á vuestro grado,
nacen con pecho esforzado
las plebeyas castellanas.
Y antes que podáis lograr
vuestro temerario intento...
¿Qué diré? Le han de faltar
estrellas al firmamento
y arenas al ancho mar. (Brío.)

ARCED. Puedo ser hasta homicida
si no consigo vencerte.

ANA Pues moriré agradecida;
que para el bueno, la muerte
es el premio de la vida.

ARCED. ¡Oh!

ANA Matadme; nuestros sinos
van por distintos caminos...
¿Qué hacéis? ¡Quiméricos sueños!
¡Los corazones pequeños
ni aun saben ser asesinos!

PEDRO (¡Vive Dios que me cautiva
tan heróico valor!)
ARCED. Dices bien, y fuera error
matarte; quiérente viva
mis iras y mi rencor.
En tu pecho he de verter
la ponzoña que bebí,
y en vano lejos de mí
querrás estar; me has de ver
siempre delante de tí.
ANA ¡Infame!
ARCED. Juré vengarme.
PEDRO (¡Mal mi coraje resisto!)
ARCED. ¿Qué has de hacer para evitarme?
ANA ¿Qué he de hacer? Arrodillarme
á los pies de Jesucristo. (Con dulzura.)
Con semejante atalaya
ningún corazón desmaya.
Si Dios me presta su luz,
siempre he de hallar una cruz
por donde quiera que vaya.
A su resplandor sagrado
veréis vuestra fealdad,
siendo en tan horrible estado
nuevo Lucifer lanzado
á la eterna oscuridad.
ARCED. ¡Calla! (Con ira.)
ANA Fuerza es que busquéis
vuestra propia salvación
y tumba á mi padre déis.
ARCED. ¡Nunca!
ANA ¿En tan poco tenéis
vuestra santa obligación?
ARCD. A mi corazón el ruego
no llega de tu esperanza:
que ya es en mí la venganza
ancho torrente de fuego
que destruye cuanto alcanza.
ANA Ved que hay en Castilla ley.
ARCED. Mas la alguacilesca grey
se humilla ante el poder mío.
ANA ¡Ay de vuestro poderío
si á quejarme llego al rey!
ARCED. ¿Al rey? inútil anhelo; (La toma por un brazo.)

al rey, que en sangre embriagado,
en ser pone su desvelo
de criminales dechado.

ANA ¿Qué decís?

PEDRO (¡Rayo del cielo!)

(El Rey sale sin ser visto, se desliza hacia el foro y luego viene á colocarse con pausa en medio de los dos.)

ANA No digais eso delante
de ese cuerpo. que arrogante
luchó del bastardo en mengua,
ó temed que se levante
para arrancaros la lengua.

ARCED. ¡Si evitas á Lucifer
porque ver á un rey deseas,
á quien por no fenecer
de horror, jamás quise ver!

PEDRO (Al Arcediano.)
¡Ay de tí cuando le veas!

ARCED. ¿Qué es esto? (Sorprendido.)

PEDRO (A Ana.) Idos á rezar
por el alma de ese anciano.

(Ana entra en la alcoba; don Pedro cierra primero la puerta del aposento, donde se supone estar el cadáver; luego hace lo mismo con la del foro, se quita el birrete y la capa; y contesta al Arcediano con calma.)

## ESCENA VIII

DON PEDRO y el ARCEDIANO

ARCED. ¿Quién sois?

PEDRO Un hombre cristiano
que se viene á confesar.

ARCED. ¿Os burlais?

PEDRO No, voto á brios,
ni es posible que lo intente,
siendo humilde penitente
y apóstol del cielo vos.

ARCED. Mal vinistéis: á tal hora
á escucharos no me allano.

PEDRO Deber es del Arcediano
escuchar á quien implora.

ARCED. (Casi me infunde temor.)
PEDRO Criminal arrepentida
el alma, busca afligida
que la escuche un confesor.
Fuí á buscaros: no os hallé;
de vuelta vine hacia aquí,
por casualidad os ví
desde la calle (Señalando á la ventana.) y entré.
ARCED. Justas son vuestras razones,
mas no las puedo apreciar.
PEDRO ¿Por qué?
ARCED. Porque no es lugar
este para confesiones.
PEDRO (Mal seguro le contemplo.)
Ved que es una casa honrada;
con esa imagen sagrada,
está Dios como en un templo.
Templo cual otro no he visto,
pues no me acierto á explicar
la riqueza en el altar
siendo pobre Jesucristo. (Rápido.)
Oidme.
ARCED. No he de escucharos. (Hace que se va.)
PEDRO Teneos.
ARCED. Molesto estais.
PEDRO Si vos no me confesais,
tendré yo que confesaros.
ARCED. ¡Delirais!
PEDRO ¿Por qué razón?
ARCED. ¿Cuándo vísteis confesar
a un sacerdote un seglar?
PEDRO Lo veré en esta ocasión.
ARCED. No hagais que mi alma agote.
PEDRO Si presumís de malvado,
¿qué mucho que un hombre honrado
presuma de sacerdote? (Rápido.)
ARCED. Me insultais...
PEDRO No de intención,
que soy cortés á fe mía.
ARCED. Pues dejad la cortesía.
PEDRO Decid, pues, la confesión.
ARCED. ¡Otra vez!
PEDRO Tened paciencia;
y pues guardais el pecado,

vos me diréis si he logrado
leer en vuestra conciencia.

ARCED. Mozo, sois un mentecato,
y el escucharos me afrenta. (Quiere irse.)

PEDRO ¡Arcediano, á buena cuenta,
si no me escuchas te mato!

ARCED. ¡Qué!

PEDRO Dime, perro traidor, (Le toma por el brazo)
vil falsario, mal nacido:
por el Papa revestido
para ser conspirador,
¿no eres tú el vil mercenario
de ese bastardo sin ley,
que lazos tiende á su rey
dentro del confesonario?
¿No eres el que por su mal
odio á don Pedro pregona,
y alza contra su corona
la falange clerical?
¿El que no encontrando dique
á su rastrera ambición,
dice que la religión
peligra sin don Enrique?
Tiempo ha que tu vida es esa,
lo sé; conozco tu bando.

ARCED. ¡Basta!

PEDRO Ya vas confesando. (Transición.)
¡Confiesa, impostor, confiesa!

ARCED. Todo es verdad. No me arredro:
mas dime al menos tu nombre.
¿Quién eres?

PEDRO Yo soy... un hombre
que defiende al rey don Pedro.

ARCED. Digno es de causa mejor
quien con ribetes de duende
tales secretos sorprende
y hace tan buen confesor.

PEDRO ¿Causa mejor?

ARCED. Un tirano
sólo desdichas predice.

PEDRO ¡Oh!

ARCED. No soy yo quien lo dice,
sino el pueblo castellano.
Siempre rebosando hiel,

don Pedro mancha la gloria
de su corona, y la historia
ha de llamarle el cruel.
¿Quién habrá que sus acciones
mirando, no le denigre?
No es justo que venga un tigre
á reinar entre leones.

PEDRO Vil renegado, ¡ay de tí,
si tu lengua me provoca!
Ponle candado á tu boca
ó no respondo de mí.
Tigre, cruel, carnicero;
todo eso le llamaréis,
mas ¿qué otro rey hallaréis
más noble y más caballero?
Si la traición os ampara,
¿por qué altivos os preciais
de leones, y no vais
á buscarle cara á cara?
¡Ah! vuestros labios fatales
predicando el egoísmo,
están abriendo un abismo
entre el cielo y los mortales.
A Dios alzais un retablo
cubierto de seda y oro,
y os encerrais en el coro
á conspirar con el diablo.
Estas son vuestras hazañas;
en la sombra peleais,
y al pobre pueblo engañais
contándole mil patrañas.
Mas si brilla la verdad
ante ese pueblo inocente
y luce resplandeciente
el sol de la lealtad,
¡ay de tu necia patrulla!
Alzará el rey su cuchilla,
y no quedará en Castilla
la sombra de una cogulla.

ARCED. Pues si es modelo de reyes,
¿por qué degüella su grey?

PEDRO ¿Y qué culpa tiene el rey
si no respetan sus leyes?
¿Si hay apóstol renegado

que olvida la religión
y por una vil pasión
sus votos ha quebrantado?

ARCED. ¿Sabéis? ..

PEDRO Vuestro desacierto;
queréis á cambio obtener
el honor de una mujer
por el sepulcro de un muerto.
(Moviviento del Arcediano.)
¡Oh! no os querais disculpar.
¿Quién á la muerte no acata?
Don Pedro á los hombres mata,
pero los manda enterrar.

ARCED. Mas ¿quién sois que de tal suerte
os levantáis contra mí?
Decidlo.

PEDRO Yo soy aquí
el defensor de la muerte.
Sabrá el rey vuestros errores,
y os empeño juramento
de que seréis escarmiento
de apóstatas y traidores.

ARCED Nadie podrá ser testigo
de lo que vais á contar.

PEDRO Al rey para sentenciar
le basta y sobra conmigo.

ARCED. ¡Ah! ya advierto vuestro juego;
comprendo por qué me odiais
y por el muerto abogais.
¡Vive Dios que estuve ciego!

PEDRO ¿Qué me oculta tu semblante
tras ese aspecto infernal?

ARCED. Ambos sois tal para cual,
y es digna de tal amante.

PEDRO (Se precipita con furor sobre el Arcediano, al cual derriba y sujeta por el cuello, mirándole con ira.)
¡Villano! ¡Infame! ¡Rastrero!

ARCED. ¡Cielos!

ANA. (Saliendo precipitadamente.)
¿Qué sucede aquí?
¡Ah! perdonadle. (Al rey.)

ARCED. ¡Ay de mí!
Llegó mi instante postrero.

PEDRO De valor hiciste alarde

y tiemblas, mas sin razón;
que no se mancha el león
con la sangre de un cobarde.
(Le arroja á un extremo y sube al foro.)
¡Juan!
(Aparece Juan Diente, don Pedro le hace una seña y vuelve á salir.)
Os entrego á la ley. (Al Arcediano.)

ANA ¿Quién sois que á tanto llegais?
PEDRO ¿Quién soy? A saberlo vais.
ARCED (¡Ah, por fin!)
(Entra Juan, el Alcalde y gente de Justicia. El Alcalde se encara con don Pedro y cae de rodillas.)

## ESCENA IX

DICHOS, el ALCALDE y JUAN

ALC. ¡El Rey!
ANA, ARCED. ¡El rey! (Caen de rodillas.)
PEDRO ¡Alzad! (Ana y el Alcalde se levantan.)
ALC. ¿Qué ordenais, señor?
PEDRO A vos nada.
ALC. (¡Mal barrunto!)
ARCED. (¡Perdido soy!)
PEDRO Juan, al punto
sujétame á ese traidor.
(Juan ata los brazos del Arcediano con el tirapié que habrá sobre la mesilla del zapatero.)
Y vos... (Al Alcalde.)
ALC. (¡Me veo alguacil!)
JUAN Ya está.
ARCED. El cielo me confunda.
PEDRO Una fosa, ancha y profunda
preparad frente á San Gil.
En ella hay que sepultar
á ese muerto...
(Señalando á la alcoba. Luego se vuelve al Arceciano.)
atado á vos.
Juan, que se encomiende á Dios;
vivo me lo has de enterrar.
Vos elegid un convento

para pasar vuestro luto,
y rinda al dolor tributo
vuestro filial sentimiento.
Juan, condúcela.

ANA — Mi fe
triunfa por fin de la impía
maldad.

PEDRO — Id, que yo hasta el día
á ese muerto velaré.

ANA — Señor, antes de marchar,
para ese hombre solicito
perdón.

PEDRO — Grande es su delito.

ANA — Dios nos manda perdonar.

PEDRO — Inmenso cual su malicia
debe su castigo ser,
y así podrá comprender
lo que pesa mi justicia.

ARCED. — ¡Tratar así á un Arcediano!
¿Qué dirá el pueblo ofendido?

PEDRO — Sentirá que no hayais sido
el pontífice romano. (Con brío.)
¿Aun con mi pueblo te escudas,
conspirador de traílla?
¡Nunca el pueblo de Castilla
podrá defender á un Judas!
Yo publicaré el motivo
en que mi justicia fundo,
y pese á Roma y al mundo,
mañana te entierro vivo.
Llevadle.

(Ana se arrodilla ante la alcoba y luego sale con Juan, el Arcediano y la gente de justicia. Entre tanto don Pedro dice al Alcalde.)

Vos, aguardad.

ALC. — ¿Qué me ordena vuestra alteza?

PEDRO — Si estais bien con la cabeza
el oficio abandonad.

ALC. — (¡Jesús!) Renuncio, señor.

PEDRO — Bien; tu necedad te ampara;
desde hoy te quito la vara
y te nombro enterrador.

(El Rey quita al Alcalde su vara, éste se va con los demás. Mientras dura el aparte de ambos, las demas

figuras esperan á que Ana concluya su oración, convenientemente colocadas, y todos se van cuando el Alcalde sube al foro, mientras dice don Pedro los cuatro versos siguientes con la vara en la mano.)

Pase á juez el caballero,
y diga la historia fiel
si fuí don Pedro el Cruel
ó don Pedro el Justiciero.

FIN DEL DRAMA

# CUATRO PALABRAS

## A LOS ACTORES

### QUE HAN REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ ESTE DRAMITA

---

Dolores Carceller: usted, con su gran corazón y su buen talento, ha hecho de la pobre hija del menestral Zapata una de esas creaciones que dejan profundo recuerdo en el público. Francisco Domingo: ¿qué podré decirte que no te hayan dicho los bravos y palmadas que has conquistado al representar en esta humilde obra (cuyo triunfo principalmente se debe á tí) el papel del rey Don Pedro? Joaquín Huarte: la indignación del público hacia el malévolo Arcediano, es la prueba mejor de la perfección con que has logrado dar vida al tipo que yo he pretendido delinear. Pedro Moreno: la rudeza, el brío y el excelente corazón del ballestero fiel del rey don Pedro, ha encontrado en tí perfecta interpretación; Juan Diente no puede quejarse, si por acaso desde otro mundo te mira ocupar su puesto. Eduardo Fraile: tú no has podido, en tu corto é insignificante papel, desdesarrollar las dotes de tu buen talento; sin embargo, tus conocimientos de la escena son tales, que has dado al cuadro la última pincelada con admirable tacto y precisión digna de elogio. ¿Sabía yo lo que me hacía cuando te supliqué que vistieses el tonelete para decir esas dos palabras? Accediste al ruego del amigo, y éste se complace en hacer público su agradecimiento.

Todos habéis cuidado mi obra como si cosa vuestra fuese, y confieso con placer que vuestra es la mayor parte del triunfo. Dios nos dé larga vida, á mí para escribir comedias y á vosotros para salvarlas.

POLIZA N. 17274